

ABRIL TRIGO

CRISIS Y TRANSFIGURACIÓN
de los estudios culturales latinoamericanos



Ensayo / Estudios Culturales

E D I T O R I A L
C U A R T O P R O P I O

ÍNDICE

Mapa cognitivo de los estudios culturales latinoamericanos	9
--	---

IDA

1.- Historia personal de los estudios culturales latinoamericanos	39
2.- ¿Epistemologías de frontera o fronteras de la epistemología?	75
3.- Crisis y transfiguración	111

VUELTA

3.- Multiculturalismo, diversidad cultural y segmentación de mercados	151
2.- Los estudios transatlánticos y la geopolítica del neo-Hispanismo	183
1.- La impertinencia postcolonial	219

Para una crítica de la economía político-libidinal	251
--	-----

OBRAS CITADAS	295
---------------	-----

MAPA COGNITIVO DE LOS ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS

¿Qué hay en un nombre? Los nombres en sí carecen de importancia, como el hábito no hace al monje. Pero no caigamos en la ingenuidad de pensar que los nombres no pesan simplemente por ser significantes vacíos, cuyo valor es flotante, pues todo nombre carga, indefectiblemente, con sedimentaciones semánticas y lastres ideológicos que lo amarran a estratos históricos e institucionalizaciones del poder. En buena medida, como han demostrado los estudios coloniales, nombrar es poseer. ¿Por qué suscribir, entonces, un término acuñado en la Inglaterra de los años 60 que, al proyectarse después desde la academia norteamericana, se volvió sospechoso de constituir una nueva manifestación de imperialismo cultural? ¿Por qué cargar con el nombre de una corriente acusada de endeblez epistemológica, confusiónismo teórico, imprecisión metodológica, oportunismo intelectual, intolerancia académica, culturalismo despolitizante, antimarxismo vergonzante, depredación y tergiversación disciplinaria? Estas fueron las preguntas que procuramos responder Ana Del Sarto, Alicia Ríos y yo al encarar la edición de *The Latin American Cultural Studies Reader* (2004). Considerando la desconfianza que despertaban por entonces los *cultural studies* en muchos intelectuales latinoamericanos, ¿no se nos podría haber acusado de oportunismo, de pretender capitalizar de nuestra residencia en universidades norteamericanas y de su tan mentada institucionalización académica en los Estados Unidos? ¿La publicación del libro en inglés no era ya prueba de nuestra sumisión al mercado, de una claudicación ideológica, de la marca de origen que estigmatizaría la recepción del libro en América

Latina?¹ ¿No habría sido más prudente, más inteligente acaso, adoptar un rótulo menos controversial, capaz de consignar las diversas modalidades de crítica de la cultura sin incurrir en la repulsa y la sospecha? Pero no hay fórmula capaz de evitar la controversia, así como no hay nombre semántica o ideológicamente libre de sospecha. La polémica, al fin y al cabo, ha estado instalada en los estudios culturales desde sus orígenes mismos, pues estos fueron, como todo aparato crítico fuertemente politizado, gestados en y gestores de controversia.

Nuestra decisión, entonces, fue estratégica. El libro debía ser publicado en inglés porque el debate era en inglés y el campo donde dar la lucha era la academia norteamericana. Los críticos que intervenían en los estudios culturales desde América Latina suscribían entusiastamente al nombre o lo desdeñaban públicamente mientras los cultivaban en forma subrepticia. Si pretendíamos incidir en el debate, debíamos seguir las reglas de juego. Ya por entonces, los estudios culturales habían pasado a designar un vasto, ubicuo y multiforme campo de estudio y reflexión sobre lo cultural. Conceder la exclusividad de la marca registrada *cultural studies* implicaba perder el partido de antemano, del mismo modo que aceptar la precedencia histórica o la primacía epistemológica de lo que en rigor son variantes nacionales, locales e inclusive lingüísticas de ese heterogéneo campo de investigación implicaba reconocer su pretensión de universalidad. Reivindicamos, en consecuencia, la especificidad de la experiencia histórica y el espacio epistemológico de los estudios culturales latinoamericanos, que no son ni una sucursal de los *cultural studies* británicos, ni un suplemento de los *cultural studies* estadounidenses,

¹ El proyecto de publicar una versión en español enfocada en la producción latinoamericana, que contaba con el apoyo y la asesoría invaluable de Jesús Martín-Barbero, finalmente no prosperó debido a dificultades con derechos de autor y a nuestra propia indolencia.

sino un campo de investigación y reflexión sobre la cultura que responde a una genealogía intelectual, una historia neocolonial y una problemática geopolítica específicamente latinoamericanas.

En otras palabras, los estudios culturales latinoamericanos no surgen como réplica, ni como imitación, ni como traducción, ni como aclimatación de los *cultural studies* anglosajones, como han sostenido muchos de sus detractores, entre ellos Carlos Reynoso (2000) y Roberto Follari (2002), que los reducen a la línea Jesús Martín-Barbero - Néstor García Canclini. Pero tampoco son producto de una ruptura epistemológica, como se insiste desde tiendas postmodernas y postcoloniales, aun cuando registran los desplazamientos teóricos y metodológicos experimentados en diversas disciplinas y campos de investigación. Los estudios culturales latinoamericanos resultan de las transformaciones operadas sobre la opulenta tradición crítica latinoamericana bajo el impacto económico, político y cultural de la globalización. Son una respuesta, desde el campo intelectual y académico conformado desde dicha tradición, al desencanto postmoderno y la perplejidad que genera la globalización; más aún, son un síntoma de las transformaciones operadas sobre las sociedades y culturas latinoamericanas por el nuevo régimen de acumulación global, flexible y combinado. Mucho antes de que los *cultural studies* llegaran a América Latina y mucho antes aún de que fueran acuñados en Inglaterra, los intelectuales latinoamericanos reflexionaban sobre la cultura y sus vínculos con la política, el estado y la sociedad. Desde Bolívar en adelante, caudillos y doctores, estadistas y revolucionarios advirtieron la problemática social de la diversidad de etnias, la dimensión imaginaria de la identidad nacional y la importancia del estado como instrumento de la modernidad. Por ello, los estudios culturales latinoamericanos plasman contemporáneamente una praxis histórica localmente constituida, del mismo modo que los estudios culturales británicos, norteamericanos o australianos; plasmación que se consolida, durante los 80 y los 90, con el relevo, asociado a la emergencia de un mercado teórico globalizado, de

la tradicional influencia europea (particularmente de escuelas y corrientes francesas y alemanas), por la actual hegemonía global anglosajona, fenómeno que coincide con la labor intermediaria de los intelectuales latinoamericanos en la diáspora. Pero aun cuando operan dentro del marco y como respuesta a la globalización, los estudios culturales latinoamericanos están embebidos por un conjunto de metodologías, paradigmas teóricos y constelaciones cognitivas forjados en distintas instancias de la historia latinoamericana. Herederos de una copiosa tradición intelectual que incluye a Simón Rodríguez y Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento y Francisco Bilbao, José Martí y José Enrique Rodó, Pedro Henríquez Ureña y Mariano Picón Salas, Fernando Ortiz y Gilberto Freire, José Carlos Mariátegui y Leopoldo Zea, los estudios culturales latinoamericanos continúan buscando respuesta a la irresuelta problemática de la condición neocolonial y la cuestión nacional, la determinación del pueblo y las identidades sociales, la modernidad y la modernización. La mayor diferencia entre esta tradición de pensadores y los estudios culturales latinoamericanos reside quizá en que mientras aquellos apostaban a la capacidad de integración y cohesión social de los imaginarios nacionales, estos últimos los cuestionan como aparatos de poder. Otros son los tiempos, otras las mediaciones, otras las soluciones. La constante, empero, es que tanto los temas de reflexión como las instituciones y prácticas de conocimiento han operado siempre en América Latina en forma tangencial a las normativas académicas y disciplinarias, siendo el ensayo su modo discursivo y la esfera pública su plataforma de enunciación. Revalorar críticamente dicho pensamiento es una necesidad epistemológicamente irrenunciable. El desfile de modas de los estudios culturales podría haber acabado, pero el análisis, la reflexión y la crítica de la cultura en su relación con la economía y la política en y sobre América Latina continuarán, no importa bajo qué nombre. Como dice Catherine Walsh, “los Estudios Culturales siguen siendo uno de los muy pocos campos nombrados y reconocidos en el mundo

académico como tal, que permite transgredir la hegemonía disciplinar y abiertamente afianzar —por lo político de lo cultural y los enredados de ambos con lo económico— los asuntos de poder, las luchas de enfrentamiento simbólico y por el control de sentidos” (Richard 2010, 94).

* * * *

Sin intención de proponer una definición categórica y menos aún prescriptiva, diría que los estudios culturales latinoamericanos reconocen una doble configuración histórica: dan, por un lado, continuidad al pensamiento crítico latinoamericano, pero responden críticamente, por otro, a las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales que caracterizan al actual régimen de acumulación global, flexible y combinado. Este llegó tempranamente a América Latina en la década de los 70, cuando el aplastamiento de los movimientos social-revolucionarios y la instalación de regímenes autoritarios o neofascistas allanó el camino para la implementación del neoliberalismo como modelo económico y modo de vida, mediante el desmantelamiento de las industrias locales y la legislación social, la privatización de empresas públicas y la subordinación de las instituciones del estado, la desregulación del trabajo y los mercados de capitales, la subordinación de las economías nacionales a los dictados de los organismos de gobierno global y la supeditación de las culturas locales al imaginario pop global, todo lo cual vendría a reformatear las sociedades latinoamericanas en la década siguiente.

En este sentido, la irrupción a finales de los 80 de los estudios culturales latinoamericanos como un campo de investigación diferenciado podría interpretarse como un efecto colateral de la globalización y llevarnos a concluir que al compartir la misma lógica que regula el régimen de acumulación flexible y combinado, resulta inevitable que remeden y legitimen, aun cuando resistiéndole, el nuevo orden global. Indudablemente,